

AÚN NO ES DEMASIADO TARDE

GREENPEACE

Hace unos pocos años el debate público sobre el cambio climático se centraba entre los que defendían la existencia del mismo y sus consecuencias y los que pensaban que todo era un invento de las organizaciones ecologistas sin ninguna base científica. Han tenido que pasar dos décadas desde entonces para que la comunidad científica internacional sea escuchada, y avale con sus teorías aquello que los ecologistas anunciaban en los años 80 y para que gobiernos e incluso empresas incluyan en sus discursos mecanismos de lucha contra el calentamiento global.

Mucho tiempo hemos perdido desde los años 80 mientras que el fenómeno no hacía más que crecer, pero de nada vale lamentarse ya; hay que comenzar a tomar medidas para que el cambio climático no siga aumentando y al menos puedan frenarse los efectos más graves. El trabajo se centra ahora en conseguir que la subida de temperaturas no supere los 2°C, ya que de lo contrario las consecuencias serían inasumibles y en buscar soluciones al modelo energético que ha provocado este fenómeno.

El crecimiento económico de algunas regiones del planeta desde la Revolución Industrial ha tenido un paralelo impacto sobre el medio ambiente con grandes diferencias entre distintas áreas del planeta. En cuanto a la emisión de gases de efecto invernadero también se producen diferencias alarmantes entre países ricos y pobres. Si tenemos en cuenta que algunos de estos países pobres del Planeta en los próximos años experimentarán un legítimo y previsible crecimiento, como China o India, el impacto en el medio ambiente puede verse incrementado exponencialmente. A día de hoy las diferencias entre los que más y menos emitimos son gigantes: una persona de EEUU emite al año unas 20 toneladas, un africano 0,9 toneladas.

Por hacer una comparación sencilla podríamos decir que emite el mismo CO₂, un vehículo todoterreno en un trayecto de menos de 3.000 kilómetros (1,3 toneladas de CO₂) y todas las actividades realizadas por una familia de Bangladesh a lo largo de todo un año. Con el mismo combustible del primer vehículo, uno más pequeño podría recorrer una distancia 5 veces superior, más de 18.000 kilómetros. En la misma línea el consumo medio de carne de cuatro habitantes de un país industrializado supone una emisión de 1,3 toneladas de CO₂; cada kilo de carne producida provoca la emisión de gases de efecto invernadero de entre tres y cuatro kilos de CO₂. Un vuelo de ida y vuelta a un destino de vacaciones a 2.500 kilómetros de distancia provoca también la emisión equivalente a 1,3 toneladas de CO₂ por cada pasajero a bordo.

Son por ello los países ricos los primeros que deben tomar medidas para reducir las emisiones y ayudar a crecer a los más pobres sin destruir el clima. Para que las temperaturas globales no suban más de 2°C con respecto a las actuales, cada uno de los habitantes

del planeta debemos reducir a 1,3 toneladas de CO₂ al año.

Del mismo modo que el desarrollo insostenible de los países ricos del planeta está en la base del cambio climático, la política energética, basada en su mayoría en la quema de combustibles fósiles como el carbón, el petróleo o el gas, es la causa principal del aumento de gases de efecto invernadero. Los combustibles fósiles representan más del 80% del consumo energético mundial.

El carbón, fuente energética usada desde más antiguo, comparte con el petróleo la responsabilidad de este cambio y podría incluso en un futuro próximo convertirse en el principal motor del efecto invernadero. El 40% de las emisiones actuales de CO₂ en el planeta está causada por la quema de petróleo, que es en nuestros días la moneda de cambio de los mercados financieros. La mayor parte del transporte, desde coches a aviones, sistemas de calefacción y centrales térmicas utilizan el petróleo como fuente energética. La combustión de carbón y de lignito, la forma más sucia de carbón, arroja cada año enormes cantidades de CO₂ a la atmósfera.

¿Y SI NO HACEMOS NADA?

Algunas consecuencias del cambio climático son ya irreversibles, pero si actuamos con rapidez y firmeza podemos frenar el aumento y que las temperaturas no suban más allá de los dos grados. Las temperaturas podrían subir más de seis grados centígrados durante este siglo, aumentando la magnitud de las consecuencias.

Las inundaciones aumentarán dramáticamente al producirse cada vez más tormentas violentas y lluvias torrenciales. Los glaciares del planeta se derretirán a una velocidad, incluso mayor de la actual, provocando un aumento de agua en el mar y cambiando probablemente corrientes marinas, como la del Golfo de México. La subida del nivel del mar es una de las principales amenazas de zonas costeras e islas, y afectará más a los países más pobres. En las costas españolas, para finales de este siglo se prevé un aumento del nivel del mar de 50 centímetros a un metro; podrá causar pérdidas de un número importante de playas, sobre todo en el Cantábrico, e inundaciones de las zonas bajas costeras. A la vez que los mares recibirán más agua de la fusión de los polos, los ríos se secarán en muchas partes del mundo. Las sequías están siendo cada vez más frecuentes, por ejemplo en África, Asia y la región del Mediterráneo.

Para invertir esta tendencia y evitar las consecuencias del cambio climático es necesaria una verdadera revolución en nuestro sistema energético que destierre definitivamente los combustibles fósiles e implante uno nuevo basado en energía limpias y renovables. 

José Luis García Ortega,
Responsable de Cambio Climático de Greenpeace